

Reseña de David M. Robinson, *Korea and the Fall of the Mongol Empire. Alliance, Upheaval, and the Rise of a New East Asian Order* (Cambridge: Cambridge University Press, 2022), por Julio Monterroza.

La caída de Daidu (actual Beijing), la capital de la dinastía Yuan, a manos de cientos de miles de rebeldes liderados por el fundador de la dinastía Ming, Zhu Yuanzhang, resultó ser el punto culminante de décadas de reajustes que afectaron las relaciones entre el Imperio Mongol, sus aliados, sus notables, sus rebeldes y sus enemigos. Estos reajustes llevaron en China al establecimiento de un imperio militarista que llevó la guerra a la estepa mongola y se encargó de sofocar cualquier signo de autonomía, que la corte Ming tendía a ver como rebelión, dentro del ámbito geográfico que los contemporáneos entendían como China.

Este resultado puede verse como inevitable en retrospectiva, explica Robinson, pues ahora cada una de las pérdidas de influencia del gobierno de Toghan-Temür Khan, el último de los grandes khanes, nos parece un paso hacia la decadencia del imperio.

¹ Sin embargo, esta tendencia ignora la incertidumbre que sentían todos los actores políticos, sobre la base de la inestabilidad de todas las relaciones tradicionales tanto en el seno de la corte gengiskánida como en las relaciones entre otros actores, inestabilidad esta que contrastó, con frecuencia, con los usos y estrategias establecidos en política y diplomacia durante la época de la hegemonía mongola: si bien todo —el fracaso a la hora de lidiar con los rebeldes como Zhang Shicheng; la proliferación de más rebeldes y la resiliencia y erupción de los “turbantes rojos”, de inspiración budista milenarista; el ascenso, exilio y suicidio de Toqto’a, ministro primordial del imperio; la pérdida de control de Toghan-Temür Khan sobre sus propios comandantes, como Naghachu, o sobre territorios enteros que le estaban reconocidos, como Liaodong— nos parece señalar la decadencia de la dinastía Yuan y, con ella, su inevitable caída, todo el proceso estuvo marcado por la probabilidad, que aparecía constantemente en el pensamiento y en la lógica de las acciones de todos los actores, de que el Imperio Mongol hiciera caer sobre algunos su furia, o incluso de que volviera, mediante reformas o actos valientes, a su gloria.

Esta inestabilidad y esta incertidumbre marcan todo el gobierno de Wang Gi, penúltimo rey Goryeo de Corea, que presidió en Corea la transición hacia un futuro sin un Imperio Mongol. Hecho rey directamente por Toghan-Temür Khan como resultado de la sumisión de su dinastía al dictado del gran Khan, fue él el último de una racha de reyes coreanos depuestos por órdenes del Imperio Mongol y reemplazados por alguno de sus familiares, en un tiempo en que el rey Goryeo debía poner atención, sobre todo, a las dinámicas de la corte Yuan en Daidu: sometida a la práctica mongola de recolección de rehenes nobiliarios, la nobleza coreana debía enviar numerosos miembros suyos, en sus edades jóvenes, a vivir a Daidu, de manera que el Imperio Mongol pudiera usarlos como garantía de la sumisión de las distintas

¹ Esta sensación es compartida por observadores inmediatamente posteriores a la caída del Imperio Mongol: Ye Ziqi, estudioso chino, afirmaría en la década de 1370, apenas algunos años después de la caída de Daidu, que, una vez exiliado Toqto’a, “ya no fue posible restaurar los asuntos del imperio”. Véase Ye Ziqi 葉子奇, *Caomuzi* 草木子 (Beijing: Zhonghua shuju, 1997), 3.44 (citado en pág. 131).

jerarquías pre-gengiskánidas asimiladas al imperio. Este sistema propiciaba un régimen de equilibrios que favorecía al gran Khan, si bien le negaba el control completo de todos los asuntos políticos: al tiempo que los rehenes de cada aristocracia o cada corte presentes en Daidu eran asimilados al Imperio Mongol y se empapaban de la ideología del imperialismo mongol, de manera que sirvieran en edad adulta como influencias pro-mongolas en los distintos ámbitos locales del imperio, estos “rehenes” se convertían también en una especie de representación local ante la corte imperial, una dinámica que podía decidir el destino de familias y jerarquías enteras. Este hecho sería presenciado directamente por Wang Gi, que pasó parte de su niñez, toda su adolescencia y los primeros años de su juventud en Daidu, involucrado en los asuntos de la corte: el rey debía aprender que “la familia real no era la única voz Goryeo presente en la corte Yuan [...] y ganarse el apoyo de la diáspora Goryeo en Daidu era esencial para la supervivencia de cualquier rey [Goryeo]” (pág. 60), pues “en cualquier momento dado, varios miembros de la familia real Goryeo con buenas conexiones estaban listos en Daidu para tomar el trono” (pág. 62) con la bendición de Toghan-Temür Khan, a quien, naturalmente, otros viajeros Goryeo, como “académicos” o miembros de la nobleza, se dirigían frecuentemente con respecto al estado de las relaciones Yuan-Goryeo o acerca de los asuntos coreanos del gobierno Goryeo, con tanta más efectividad si eran parte de la guardia personal del gran Khan, las unidades *keshig*, compuestas por nobles y miembros de varias familias reales que contaban, al menos formalmente, con la confianza de Toghan-Temür Khan.

Este cuadro de los 1340s, en que la vida en Daidu es la protagonista incluso del destino de un reino formalmente independiente como Corea, contrasta mucho con el cuadro con que nos encontraremos en los 1350s: después de ser aprobado como rey de Corea por Toghan-Temür Khan tras una entrevista personal con él, Wang Gi preside la reorganización de la burocracia coreana, buscando evitar algunos tipos de ganancias personales entre los burócratas y aristócratas coreanos, con el apoyo nominal del gobierno mongol. Esta reorganización del estado se encuentra pronto con la intentona de golpe de Jo Il-sin, que captura el estado solo para encontrarse con la negativa de Toghan-Temür Khan a cualquier reconocimiento del resultado de una subversión violenta contra su propia decisión de apoyar a Wang Gi como monarca de Corea (pág. 100).

Esta demostración, favorable al trono Goryeo, de las características de la alianza Yuan-Goryeo mostró una cara opuesta pronto: a partir de 1354, a los Goryeo se les ordenó enviar unidades a China, algunas escogidas específicamente por el mando militar mongol, incluyendo unidades excelentes y que contaban con la confianza real de Wang Gi, para la sofocación de la rebelión de Zhang Shicheng en campañas militares bajo el mando de Toqto'a. El hecho simboliza dos cosas: por un lado, la lealtad hacia la dinastía Yuan no solo fortalece al trono Goryeo frente a sus rivales, sino que también puede debilitarlo, por ejemplo, mediante la remoción de unidades militares completas que habían sido cruciales para la frustración del golpe de Jo Il-sin y que hicieron falta por años a la hora de rechazar los ataques costeros de la profusión de piratas japoneses que asoló a Corea por el resto del siglo; por otro lado, la derrota de los mongoles, incapaces de sofocar la “rebelión” de Zhang Shicheng –que se había declarado rey con capital en las ciudades de Gaoyou y Suzhou, había tomado el control de

varios caminos (tanto de piedra como acuáticos), había organizado varias oficinas burocráticas en los territorios que dominaba y había ordenado el acuñamiento de monedas— tras el exilio de Toqto'a, y de hecho obligados a aceptar el control suyo de diversos territorios a cambio de una superficial declaración de vasallaje y de un acuerdo siempre incumplido de tributación, es vista como “un desafío abierto contra el monopolio de la dinastía Yuan sobre varios emblemas claves para su autoridad y su poder” (pág. 115). La campaña fue costosa, poniendo una carga fiscal odiosa sobre diversas poblaciones, obligadas a contribuir en especie en tiempos en que apenas se salía de la hambruna de 1348, y su resultado adverso significó para la dinastía Yuan la pérdida definitiva de recursos valiosos para una de sus funciones primordiales a los ojos de sus súbditos: la salvaguardia que ofrecían los graneros reales, siempre abastecidos con cientos de toneladas de cereales, ante la posibilidad de las recurrentes sequías locales o regionales que constituían eventos definitorios de la que era entonces una economía que, aunque mayoritariamente agraria, cargaba sobre sí el peso de ciudades de cientos de miles de habitantes, incluidos los 800.000 de Daidu.

La situación propició pronto una renegociación de la alianza. En el verano de 1356, Wang Gi hizo ejecutar a varios familiares de la emperatriz Gi (nombre mongol: Öljei-Qutuq), que, por su parentesco con la emperatriz, ejercían una influencia que era a veces perniciosa para el trono. A su vez, Wang Gi ordenó a su ejército atacar las estaciones postales Yuan al norte de la península coreana (que funcionaban casi a manera de puestos fronterizos), abolió el uso del calendario Yuan y suspendió el uso de los títulos Yuan de la corte Goryeo. Tras dos meses de despliegues militares y escaramuzas, el conflicto se resolvió mediante declaraciones individuales de cada uno de los monarcas: de acuerdo a esas declaraciones, Gi Cheol, delegado de la corte Yuan y hermano de la emperatriz Gi, tuvo que ser ejecutado porque su influencia, apoyada por la corte Yuan, resultaba estorbosa, toda vez que permitía a quien ostentara semejante posición oportunidades para la conspiración y la traición, y subvertía el orden debido entre el rey de Corea y sus ministros, lo cual significaría que, en adelante, un saludable desenvolvimiento de las relaciones Goryeo-Yuan necesitaba de *una reducción de la influencia Yuan sobre los asuntos Goryeo* (entre otras cosas, el personal de instituciones clave, como el Secretariado para la Planeación de las Campañas Orientales, dejaba de estar nombrado directamente por la corte Yuan, y la tarea de la recolección de impuestos dejaba de estar supervisada por delegados Yuan); a su vez, Wang Gi reafirmaba su sumisión a la dinastía Yuan, y Toghan-Temür Khan reciprocaba su lealtad con la confirmación de la legitimidad del trono de Wang Gi.

Hasta el colapso de la dinastía Yuan, este fue “el marco de lo factible”. Reconocerlo, o no reconocerlo, marcó el éxito o el fracaso de las medidas de nuestros protagonistas: Wang Gi *sabe* que puede exigir mayores grados de autonomía, y Toghan-Temür Khan *no sabe* que esta situación es irreversible. Esto lleva al segundo intento de golpe de estado del reinado de Wang Gi: Toghan-Temür Khan, movido por intenciones declaradas de reformar primero y suplantar después la dinastía Goryeo, decide deponer a Wang Gi para cambiar su gobierno por el de su medio hermano, Wang Hye (nombre mongol: Tash-Temür), al tiempo que este aceptaba como su heredero al trono a un pariente de la emperatriz Gi, Gi Sambono. El fracaso es tan rotundo como diciente de las nuevas condiciones: el ejército de Wang Hye es derrotado

fácilmente por las tropas Goryeo en un evento sin precedentes en la relación Goryeo-Yuan desde la sumisión de la península ante Qubilai Khan: “el intento de Toghan-Temür Khan de maquinar un cambio en el trono Goryeo marcó la primera vez que un gran Khan había fracasado a la hora de imponer semejante transferencia del poder” (pág. 160); se trata, en palabras de Robinson, de un “serio error de cálculo de las condiciones políticas en la corte Goryeo” (pág. 161) que resalta el hecho esencial de este último acto de la trama de las relaciones Goryeo-Yuan previas a la caída de Daidu: como resultado de la inestabilidad en China y en otras regiones del imperio, hay un cambio en el “marco de lo factible” (según explicaría después Ayushiridara, el heredero de Toghan-Temür Khan, a la emperatriz Gi [pág. 202] al exigir esta el asesinato de Wang Gi justo después de la caída de Daidu a manos de Zhu Yuanzhang) que, pese a no quitar a la corte Yuan su posición de superioridad jerárquica sobre la corte Goryeo, permite a la corte Goryeo una mayor libertad de movimiento y un mayor peso a la hora de negociar las condiciones de la alianza.

Esta alteración del marco de lo factible nos lleva rápidamente al último capítulo del reinado de Wang Gi, bastante diciente de las condiciones políticas internacionales en toda Asia y Europa: el final del siglo XIV está marcado por la reacomodación de los equilibrios políticos en todas las regiones del Imperio Mongol, sin que este desaparezca de la imaginación política de cada una de las cortes locales, en que se discuten intenciones de restauración y se alude a la legitimidad de los gengiskánidas con mucha frecuencia; en palabras de Robinson, “la búsqueda de aliados varió enormemente” (pág. 255),² convertida ahora en una tarea fundamental:

Mientras el poder de la Horda de Oro disminuía (finales del siglo XIV, comienzos del siglo XV), las casas principescas rusas como la Casa Danílovich buscaron, de manera similar, otras fuentes alternativas de apoyo. En el exterior, los grandes príncipes Danílovich cultivaron lazos con el trono lituano, que se había expandido para llenar el vacío político aparecido con la decadencia del Imperio Mongol. Del otro lado de Eurasia, Wang Gi y sus asesores habrían reconocido inmediatamente la estrategia de los príncipes rusos, que, como la misma dinastía Goryeo, habían sido importantes aliados de los gengiskánidas (pág. 256).

En efecto, esta necesidad de reacomodación lleva a Wang Gi a “cultivar lazos” con distintas unidades políticas más o menos recientes: Wang Gi envía y recibe embajadas en sus relaciones con Zhang Shicheng (que se suicidaría años después en una cárcel Ming, tras su derrota frente a Zhu Yuanzhang), Naghachu y la nueva corte Ming sin dejar de lado sus relaciones con la corte Yuan, ahora expulsada hacia la estepa y perseguida hasta Qara-Qoro, pero aún capaz de movilizar ejércitos de cientos de miles de hombres y de establecer un frente

² Esta búsqueda de aliados marca la historia de la temprana edad moderna de toda Asia, e irradia incluso en Europa y el norte de África, constituyendo un hecho principal de la construcción del mundo moderno. Revísense dos ejemplos relatados en la historiografía de las últimas décadas: para el fracasado intento Ming de ocupar por completo, con su impulso militarista y con una agresiva política exterior, el lugar de la dinastía Yuan, véase David M. Robinson, *In the Shadow of the Mongol Empire: Ming China and Eurasia* (Cambridge: Cambridge University Press, 2019); para la reacomodación de los reinos cristianos de Armenia, expuestos con la decadencia del Il-khanato a la hostilidad musulmana debido a su carácter crucial en las guerras mongolas contra el Sultanato Mameluco, y la reverberación de esta reacomodación en la política exterior del Papado, véanse los capítulos finales de Bayarsaikhan Dashdondog, *The Mongols and the Armenians (1220-1335)* (Leiden y Boston: Brill, 2011).

estancado contra las tropas Ming bajo el mando de Xu Da, y poseedora de un prestigio tal que, tras el asesinato de Wang Gi, lograría de nuevo el rechazo absoluto de la corte Ming de parte de los Goryeo, que, en los primeros años del reinado de Wang U, aspira a una restauración de la corte Yuan y a la exclusión de la corte Ming, probablemente como consecuencia de la extrema agresividad en política exterior de Zhu Yuanzhang, vista por la corte Goryeo como de una violencia impredecible, si no errática, al ser esta tan distinta de los usos establecidos bajo la hegemonía gengiskánida.

El libro de Robinson deja un sabor ineludible: todo “pudo” ocurrir distinto. Esta no es una afirmación causal, pues toda la causalidad del periodo terminó llevando al nuevo equilibrio del mundo, sino una afirmación fáctica, que quiere resaltar el hecho de que todos los usos establecidos en política exterior, desde el peso y la aceptabilidad de la violencia militar hasta los mismos protocolos diplomáticos y el significado de la pertenencia a la familia de los descendientes de Genghis Khan, dan vuelcos rotundos y toman caminos tan insospechados como impredecibles. El hecho geopolítico central del siglo XIV en Corea (pero no solo en Corea, sino en el Dai Viet, en la India musulmana, en Egipto y Palestina, en Bizancio, en Lituania y en el Papado) es la incertidumbre con que se transita por la inevitable búsqueda de aliados, sin que ninguna de las nuevas estructuras políticas tenga “garantizada” la supervivencia, y sin que la legitimidad de los gengiskánidas haya desaparecido ni siga siendo suficiente: en efecto, la Horda de Oro seguirá gobernando Rusia por algunos años, y, en cosa de siglo y medio, Asia Central verá el ascenso de las dinastías gengiskánidas de Tamerlán y Babur. Esta construcción de la certeza se trata de un hecho inevitable a la hora de realizar análisis imperiales: casi tanto como la extensión territorial, el despliegue militar y la capacidad de movilización de recursos y gentes, importa, para la naturaleza del ejercicio de la dominación imperial, el grado de predictibilidad de la continuidad de los usos impuestos por dicho imperio, por crueles, magnánimos, absurdos o lógicos que estos sean.

Esta predictibilidad es la base de las “alianzas” imperiales, tal como las entiende Robinson:

“Alianza” no significa aquí una sociedad formada libremente por iguales. Tampoco involucra necesariamente un compromiso común con una cultura o una religión compartidas, una “solidaridad ideológica”, según la formulación ocasional de los politólogos. Por el contrario, “alianza” denota aquí una relación manifiestamente jerárquica entre un superior y un subordinado, entre un amo y un siervo, conforme con las expectativas políticas y sociales hallables en la mayoría de Eurasia (pág. 10).

He usado el término “alianza”, pero me he esforzado por mostrar que las relaciones de los Goryeo con los mongoles y con la corte Ming eran manifiestamente jerárquicas, que el poder era desigual, y que la intimidación era cosa rutinaria [...]. Al mismo tiempo el ejemplo de Wang Gi demuestra que las potencias nunca ejercieron un control completo sobre sus aliados, que la cooperación no era cosa asegurada, y que el servicio recibido no se recibía gratuitamente (pág. 251).

En suma, el libro de Robinson representa, además de una buena descripción de la incertidumbre internacional que vivió el Viejo Mundo por los años de la caída del Imperio Mongol, un llamado a un análisis sosegado de las estructuras imperiales: dada la complejidad de la

administración de aparatos tan grandes, y dada también la resiliencia inusual con que cuentan gracias a su capacidad de movilización de recursos, en su descripción importa mucho hacerse con un concepto de “alianza” que no sea ingenuo pero no exagere la sumisión de aquellos sometidos a estas estructuras, sino que permita al analista un examen mejor del régimen de expectativas del que estas dependen, de sus posibilidades de disrupción, y de las consecuencias que vienen aparejadas a causar su disrupción.